

Las sulamitas,

*un linaje espiritual**

Alejandra Atala

**Segundo trabajo de investigación para la titulación del Máster en Estudios de la Diferencia Sexual en la Universidad de Barcelona.*

Tutora: Dra. Gemma del Olmo Campillo

Índice

Carta mediadora	3
Apertura	7
I. La experiencia de lo sagrado	8
II. Un delta del <i>Cantar de los Cantares</i>	14
III. La rosa de Sarón, las sulamitas	16
IV. Liberación femenina y feminismo ancestral	18
V. ¿Quién eres tú?	20
VI. <i>Reposo del Silencio</i> , la experiencia del vórtice	22
VII. El otro, la otra, los otros, las otras...	27
Bibliografía	28

Carta mediadora

Y eso es justamente lo que hoy nos preguntamos con más anisa que ninguna otra cuestión. ¿Qué es lo histórico? ¿Qué es lo que a través de la historia se hace y se deshace, se despierta y se aduerme, aparece para desaparecer? ¿Es algo siempre otro, o algo siempre lo mismo bajo todo acontecimiento?

María Zambrano¹

Difícil es pensar que algo de lo que ha ocurrido y ocurre en mi historia como hija de la cultura judeo cristiana sea aislado, arbitrario o fortuito, antes bien parece que el deseo insuflado por lo sagrado imanta con su específica energía lo que el ser requiere para llegar a su unidad, cuerpo y alma, ligándose naturalmente en las palabras de María Zambrano acerca del cristianismo “descubre en el hombre [y la mujer] una unidad propia, no adventicia, ni fugitiva. Unidad engendrada más allá del conocimiento visible de su vida, de la actualidad de su ser”².

Haber sido atraída de manera insospechada y providencial a este *Máster en Estudios de la Diferencia Sexual* ha sido mucho más que cruzar el Atlántico en busca de nuevas experiencias, más que cumplir con trámites académicos en los que se busca una calificación o mejor aún un membrete para ser eso, una etiqueta, un nombre más largo... ha sido, en cambio, el encuentro con una otredad “diferente”. En este Máster está el abrevadero, el pensamiento, la poética que le da germen, origen y genealogía a los seres humanos por la cultura denominados “rebeldes” y que yo les llamo libres porque no han podido, -no porque no hayan querido- por respeto a su propia

¹ María Zambrano, *El hombre y lo divino*. Fondo de Cultura Económica, México, 2005, p. 14.

² *Ibíd*, p. 19.

naturaleza, ceñirse a un orden simbólico patriarcal que limita, a veces hasta la asfixia o a la consunción, a las mujeres y a los hombres que buscan con afición de palomilla a la flama, el camino del conocimiento con Sentido.

Tampoco es fortuito que en mi primer trabajo de investigación, *Pares inter pares* haya abundado en un linaje que sabiéndolo sin haberlo sabido me ha acompañado en este páramo de multitudes indiferentes en el camino de la civilización y que hoy, en esta segunda tarea, me entrego de lleno, desde mí y a partir de mí, a decir y a decirme a través de mi práctica poética y literaria, encontrando el franco sentido que si bien existía no había dicho, como sólo ahora podría haberlo hecho después de todo lo aprendido de los bordados de pensamiento y experiencia tan finos como exquisitos de cada una de mis profesoras del Máster, poniéndome más que nunca en juego, exponiéndome, entregándome al riesgo ineludible de lo amoroso, abastecida con el cobijo y el denuedo de ese linaje de sulamitas que ha dado inspiración y vigor a mi vida y a mis letras, a mi respiro y a mi experiencia, espejos en el espejo de mi alma que hoy celebra con las *duodinas* la recreación y la conquista de la libertad con la fuerza de una genealogía, por ellas y ahora junto con ellas, traída a la luz. Genealogía femenina que se manifiesta desde el principio y a lo largo de la historia, apareciendo y desapareciendo, atenuándose y definiéndose con pudor y valentía, con prudencia y determinación desde la certeza y la dignidad del ser y de ser, cada una de ellas, mujeres libres en el enramado de sus venas provistas de la linfa sagrada de la Vida que fluye en la historia de cada una, en el espacio y en el tiempo y que ha ido bordando la tersa piel de las alas que sólo puede poseer –desde el conocimiento y el amor- un espíritu comprometido, hálito sagrado que encarna en el deseo de esta estirpe en su íntima

relación con Dios, otorgándole dirección, convicción y latido... el *Camino, la Verdad y la Vida*.

Estoy hablando de la Sulamita aquella mujer que nació y vivió en el siglo IV antes de Cristo, y que hoy es raíz y rama, árbol y oxígeno de quienes caminan por el sendero de una mujer que se multiplica en las hojas de la historia, para decir y para decirse, madre también, a través de su pensamiento, a través de sus convicciones, a través de la congruencia manifiesta y dicha en su propia lengua que es la materna, que es lengua siempre viva y nunca muerta en esa *hipermetáforización* de la que habla Muraro en su *El Dios de las mujeres* y que tanta muerte ha sembrado por estar tan despegada de todo lo que respira.. No. Las sulamitas son el linaje que abreva de la esfera espiritual, fuente que mana, manantial de agua cristalina que es *El Cantar de los Cantares* en donde se expone, se explaya y se goza del canto de amor por antonomasia, si bien en la relación entre hombre y mujer reales, sobre todo entre Mujer y Hombre Reales, de estirpe sagrada, noble y principesca como es la que habla al Amor y a Él sirve con su aliento y con su cuerpo. Así, pues, que predicadoras del desierto, profetisas, célibes activas, viudas y vírgenes, abadesas y diaconisas, emparedadas y beguinas... todas ellas místicas y sus espejos del siglo veinte y veintiuno, misioneras en sus casas, en sus oficinas, en las aulas, en los curules, en los consultorios, en los despachos...no carecen de libertad, antes bien su espíritu nutrido del Cantar se explaya haciendo cada día lo que cada día y poquito pueden hacer que hay en ellas, en mí, sustentándose de la relación con el Amado, en esa contienda amorosa permanente, en permanente espiral de sombra y de luz, de encuentro y desencuentro, de angustia y de gozo, de sexualidad plena en tanto sus sentidos puestos como un velamen a favor del erotismo que es el Sentido en la caricia que acaricia con las palabras, con la voz, con el

pensamiento, con el solaz y la completitud, con la ansiedad y el caminar, con la vida que toca y envuelve a quien la recibe y la cobija, *fuentes selladas*³.

Y es mi historia en la Historia y las historias de las historias en esta genealogía femenina tan al margen de las jerarquías la que va tomando cauce y sentido, en una filosofía de la experiencia y del saber que va sembrándose y haciendo raigambre verdadera en este mundo que no sólo es de todos, también y por igual de todas; historia que se actualiza y replica recreándolo, el eco de aquella voz primera que la lleva a regocijarse en el placer de ser y de hacer en consecuencia con el Amor que no es ideología y sí cauce incesante de vida.

A.A.

Agosto 21, 2016

³*Biblia de Jerusalén*. Ed. Porrúa. México, 1967, p.918 *Cantar de los Cantares* 4:12.

Apertura

La angustia de pasar se transforma en gozo de caminante.

María Zambrano⁴

Es una voz, es un llamado, es un silencio cristalino, activo y pasivo al mismo tiempo, es el espacio en donde todo ocurre, conmigo o sin mí y siempre a través de mí, con el amparo de ellas, las sulamitas, mujeres de espíritu libre, ciudades amuralladas revestidas por el sol de la más amorosa conciencia.

Silencio.

-¿Quién ahí?

- Yo

-¿Quién yo?

- La palabra

La palabra entró y se hizo la luz.

⁴ María Zambrano. *Hacia un saber del alma*. Alianza Editorial, S.A., Madrid, 1989, p. 20

I. La experiencia de lo sagrado

No supe cuándo, es decir, no podría precisarlo, sé que fue en esa habitación cuando con gran esfuerzo comenzaba a incorporarme sola, sujetándome de los barrotes de madera que enmarcaban el cuadro que me contenía, un cuadro de afelpadas nubes y holandas tersas de las que acababa de emerger. No obstante, aquello era el imperio de la oscuridad, recinto si bien mullido, apartado. Las persianas cerradas y una sensación del ser en esa pequeña inmensidad, lo sabía, cifrada en femenino. El temor tomaba visos de articulación, se confabulaba con una voz que quedaba atrapada entre mis labios mientras un puño enrojecido de tan apretado daba contra el cristal de la ventana, tras la persiana, acompasando un balbucir que al fin prorrumpió:

- Buca malita, buca malita...

Y se hizo la luz cuando mi madre entró en la habitación cerrada, fue la primera vez que a mis ojos, lo sagrado se convertía en divino⁵. Las palabras, mis palabras llevaron a realización mi deseo.

Cierto es que con toda probabilidad haya yo querido decir, "Mamá Carmelita", cuando ya la interpretación del mundo en el que nací, entre risas decía que yo exclamaba, "Bruja malita".

Sea como fuere, el orden simbólico de la madre ya estaba ahí, conmigo y en mí su respiración que me guiaba hacia la libertad y el deseo.

⁵Esta afirmación está inspirada en la concepción que la filósofa española María Zambrano (1904-1991) tiene de lo sagrado y lo divino en *El hombre y lo divino*, Fondo de Cultura Económica, México, 2005, p. 39 "El amor ha surgido en toda su fuerza frente a lo que no se deja ver, sino en raros y preciosos instantes que alcanzan, así, la categoría de manifestaciones divinas, cuando una realidad deslumbrante aparece en su brevedad."

Acaso fue esa oscuridad cotidiana en la claridad del mediodía la que detonó mi temprana percepción del Absoluto, del gran Otro que ya me acompañaba.

Lo sé, porque ahora lo sé: lo sé porque de no ser así no habría registro de ello ni mucho menos palabras o lenguaje para decirlo y decir-me. Lo sé porque mi relación con lo sagrado es tan cierta como antigua.

¿Quién ahí? Es la palabra, y toda palabra entraña un misterio, una pregunta y todas las preguntas que son senderos por donde andamos en la búsqueda del entendimiento de lo inefable y su posibilidad de encuentro, de luz en la articulación de una respuesta que se materializa.

“Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe; el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.” Mateo 7:7-8

Es imposible hablar de teología en lengua materna sin Dios y sin fe... fui creciendo acompañada, nunca sola: esa oscuridad a la luz del día de mi infancia, fue en mi adolescencia oscuridad en la nocturnidad que provocaba la total indefensión hecha temblores, gotas de agua perlando toda mi epidermis y un helor pertinaz escondido en mi espalda sin importar la postura de mi cuerpo sacudido por el atambor de mi corazón: temor místico, temor cósmico, temor cerval de animal salvaje, de bosques antiguos y vírgenes, de santuarios abiertos expuestos los sentidos que no se cierran que permanecen en cualidad receptiva. Temor ante una clara percepción que inunda las pupilas con la clara sensación de lo que es, que todo lo abraza, que todo lo inunda y lo cubre con su omnisciente presencia que proyecta su inmensurable sombra en el cuerpo agujoneado de preguntas.

El temor hacia lo inescrutable, hacia lo inaprensible, hacia lo inasible e incalculable se fue convirtiendo en evidente rebeldía, en un ser que iba contracorriente que se revelaba a cada rato al canon de una familia envuelta, casi inevitablemente, por un orden simbólico patriarcal.

Sabía lo que sabía porque una autoridad suprema me lo decía y el pensamiento se convertía en acciones que soliviantaban a madre, a padre y hermano y hermana mayores, provocando un caos en torno mío, un caos que dolía, profundamente y que era necesario continuar, porque el grave problema reiterativo era el rasgar ciertas leyes que en sí mismas en su autoritarismo rompían la tensión y la belleza de una armonía que había conocido prístina en la inocencia y me pertenecía confiriéndome una fuerza de voluntad y acción insospechada para perpetuarla, en lo posible.

El temor tomó visos de curiosidad en el imperativo de saber lo que sabía pero que era necesario comprobar para llevarlo al sentido de mi existencia que parecía perderlo a cada rato, en el humano rechazo a mi persona y a mi proceder, señalándome como “diferente”.

Él estaba conmigo, lo sentía en el infausto asedio por una libertad regalada, descalza y feliz, que tornábase en monstruosidad en la rigidez de un orden que no aceptaba poner en palabras la experiencia de la vida.

A los siete años ya leía, no sólo los libros de texto de la escuela, literatura hecha cuentos o novelas y poco después, a los ocho años, el asombro dichoso de los primeros poemas, siendo elegida por la profesora Eugenia para participar en el certamen de oratoria de todo el colegio.

La alegría se abrió paso subrayada por la presea que no era sino la materialización del deseo que bajaba y subía por la escala de los versos en la acción del ser que habla y expresa, se expresa llevando a realización la emoción de ser.

Años después, llegué al diván. Curiosamente la palabra “diván” en árabe quiere decir “poesía” y llegó la *razón poética*⁶ con plenitud a mi vida. La luz de la razón y el misterio del corazón⁷ hacían cónclave en esa cama larga y angosta en la que la luz de la tarde era campo mullido a las palabras que fueron dando sentido y orden con la mediación de una psicoanalista estadounidense Rosalind Bleimer, que en el resguardo de su silencio me regalaba su autoridad femenina en la escucha sapiente para ir articulando mi propia historia, a través de la oscuridad de mis emociones que iban siendo llevadas a la claridad y el entendimiento.

En ese tiempo, también entré en el mundo maravilloso del minotauro. Un hombre cuarentaicuatro años mayor que yo, que fue haciendo propicio el terreno para sembrar mis propias letras escritas: y era monstruo y era ángel, ese autor de fama rotunda en México encerrado en la torre de un castillo con el dragón de su ingenio luminoso y quemante.

Seguía el rumbo académico de mi escolaridad, mientras en el paralelismo de ese mundo dos veces por semana, sistemáticamente, entraba en el laberinto aquel y a la torre del castillo.

Lectura e interlocución. Lectura y escritura. Escritura y lectura. Escribir, leer, sentir, pensar, reflexionar, considerar..., en ese rigor y en ese cuidado, me adentraba en el viaje del conocimiento, en ese viaje

⁶Esta expresión de María Zambrano se manifiesta en la nota preliminar de su libro *Hacia un saber del alma*, Alianza Editorial, S.A., Madrid, 1989, p. 9: “Aparecen aquí, en su germinación, esas dos formas de razón –la mediadora y la poética- que han guiado todo mi filosofar.”

⁷Ibíd.

amante de una visión que se ampliaba, sin saber que iba alejándome de mi núcleo familiar al internarme en los mares de mi propio deseo.

El diálogo era incesante, el minotauro decía pero también preguntaba y una pregunta llevaba a otra y el horizonte de la vida nos contemplaba: voz, palabras, articulación con lo inmediato, pensamiento que se materializaba modificando mi entorno.

Comencé a ejercer mi alma, y volvió el miedo, ese “que nadie o nada puede dar, también cuando intentamos explicárnosla con una razón u otra, y le echamos la culpa a esto o a aquello”, como dice Luisa Muraro⁸. Seguí adelante, franqueando en el diván lo *negativo*,⁹ todo aquello que me impedía continuar doblegándome en la sensación de manos electrificadas por multitud de hormigas, rompiendo con los diques de lo aprendido para desaprenderlo soltando amarras y permitiendo que mi nao navegara más ligera.

Dentro de los cinco mil volúmenes que poblaban la torre del castillo, pasados los años, un día encontré un ejemplar de Simone Weil y lo tomé del estante para devolverlo con prontitud, pues la voz tonante del minotauro espetó que eso no, que lo dejara, que eso no era para mí cuando antes ya habían pasado por mis manos y mi corazón varias mujeres escritoras de diferentes nacionalidades. “La gravedad y la gracia” y el tono glauco de su portada quedaron imantados en mis pupilas y en mi alma.

Leímos a San Juan, pero nunca juntos a Santa Teresa, pero sí, el *Cantar de los Cantares* que se daba como una incesante cascada lumínica a mi alma jamás hastiada de esa bíblica lectura; manantial

⁸Luisa Muraro, *El Dios de las mujeres*. Trad. María-Milagros Rivera Garretas, Horas y horas, 2006, p. 63.

⁹Dice Gemma del Olmo Campillo, en su texto “Libertad relacional” (Tema 5) de la asignatura *Filosofía en lengua materna* del Máster en Estudios de la Diferencia sexual de la UB: “Lo negativo son los obstáculos, las carencias, el vacío, los miedos... todo aquello que consideramos una perturbación, un freno o un estorbo en nuestra vida, aquello que nos resulta difícil de evitar a pesar de que sabemos que sin ello tendríamos una vida más equilibrada.” Explicación y desarrollo entresacado del seminario de Anna Maria Piussi “Lo negativo que cierra, lo negativo que abre”, en la fundación Entredós, el día 26 de octubre de 2003.

que hasta la fecha ha prodigado sus aguas en talleres, en programas de radio, en lecturas, en mi vida ...y hoy contigo, *duodina*, para decirte porqué creo que el móvil y flexible abrevadero de todo espíritu libre y de toda mística está en ese canto de amor, el canto de amor por excelencia, depurado del conocimiento más alto y por eso atribuido a Salomón, por su sabiduría, pero no por autoría ya que según, filólogos y filólogas, no corresponde por fechas el nacimiento y vida del hijo del rey David (s. X a. C.) con la escritura del mismo (s. IV a.C.)

II. *Un delta del Cantar de los Cantares*

Canto de amor por antonomasia, el *Cantar de los Cantares* es habitación y vasija, cuerpo y respiro, carne y vigor de las mujeres de espíritu libre, no es sólo, como dicen los eruditos, el máximo poema de amor escrito hasta la fecha, es el Amor en sí mismo, su paso, su música, su sentido, en repetidos y espirales ritornelos que van haciendo de la experiencia del amor la almendra de lo subjetivo que se materializa en la caricia de esas palabras con sentido y orden, en lengua materna proferidas y desde ahí plasmadas. Si bien un poco más arriba comento que no es de Salomón por autoría, pero sí por la sabiduría que entraña, bien puedo atreverme a decir lo que ya a la fecha comienza a ser un rumor, que el *Cantar de los Cantares* fue escrito por pluma e inspiración femeninas, incluso el segundo versículo es una "ella" la que habla, es una mujer que vibra, siente y desmaya en la ausencia de quien le da sustento y vida, su Amado por excelencia, Dios que le da su aliento en el beso, hálito de la vida y en ese beso la entrega de su amorosa presencia.

Y ocurre:

¡Que me bese con los besos de su boca!

Mejores son que el vino tus amores;

mejores al olfato tus perfumes;

ungüento derramado es tu nombre,

por eso te aman las doncellas. Ct.1: 2-3

Esos son y no otros besos, los que la Sulamita reclama, esos que son de la boca, de los labios, del aliento de su Amado, fuente de su búsqueda, de su inspiración, de su deseo desde donde sigue como en cascada desgranándose en dulce erotismo, pues basta ver la comparación que hace de los besos del amado con el vino de tan alto

prestigio humano e histórico, para entender, primero por el oído, que pasa por su gusto, por ese paladar que sabe de placeres exquisitos y privilegiados en el de-gustar o catar un vino que la reconforta, que entra a derechas en su cuerpo femenino para transformarla en implacable y oficiosa Sulamita.

Desde hace más de 25 siglos, esa voz femenina que nombra al amor, que lo dice y se dice a sí misma y me dice, es la voz de las predicadoras en el desierto, es la voz de las profetisas, es la voz de las diaconisas, de las célibes activas, de las vírgenes, de las beatas, de las reclusas, de las emparedadas, de las terciarias, de las abadesas, de las beguinas... voces que no repiten o reiteran sino que recrean y conciben y actualizan el canto que las desborda, que las lleva más allá de sí, para compartir-se, para dar-se, para servir, a través de “la relación íntima y solitaria del alma con Dios”¹⁰.

Y el vino nutritivo y robusto de la sabiduría, como el buen vino, la anima, me anima, me devuelve el alma encarnada en mi cuerpo sexuado en femenino y me embriaga sin perdición y sin fatiga. Y llega del oído y va del gusto al olfato y del olfato a la vista recorriendo como suave miel, la caricia de todos sus sentidos y encontrando en ese sentido tan encarnado como simbólico, el Sentido.

¹⁰Luisa Muraro, *Le amiche di Dio, Margherita e le altre*. Orthotes, 2014, p. 103.

III. La rosa de Sarón, las sulamitas

La teología en lengua materna, nos dice Luisa Muraro, es el verdadero nombre de la mística femenina¹¹ y esta teología es relacional y parte sí y crea autoconciencia y forja la política primera, porque es otra forma de entender y caminar el mundo que no violenta, que es tersa, que no excluye, que considera al otro o a la otra, porque ella, la Sulamita procura y conserva la relación primera con su Creador, con el gran Otro, en fina y armonizada sintonía cósmica que es ley originaria de sentido y no la legislación que nacen de la práctica del mundo del poder, de afuera hacia adentro.

¿Qué es eso que sube del desierto,

cual columna de humo

sahumado de mirra y de incienso,

de todo polvo de aromas exóticos? Ct. 3:6

Es la Sulamita que oriunda de sí manifiesta en su canto con orgullo de procedencia, de dignidad, de hallar gracia en los ojos de Dios que la mira y la escucha y le dice...y ella se dice: "Yo soy la rosa de Sarón y el lirio de los valles" (Ct.2:1), la mujer que se sabe mujer, que ama y reconoce su ser mujer, su cuerpo sexuado en femenino en la libertad absoluta de serlo, por eso se autonombra rosa de Sarón, esa rosa exótica y mística, que nace apartada del ruido de una civilización patriarcal y destructiva, patriarcal e impositiva en los manuales subrayados de lo que debe ser y hacer una mujer. Ella, la rosa de Sarón, la *habatzeleth*, es la Sulamita que reconoce, entiende y actualiza su

¹¹Luisa Muraro, *El Dios de las mujeres*, Trad. María-Milagros Rivera Garretas, Horas y horas, 2006, p. 186.

origen sagrado y por eso intocable e inmarcesible, ahí donde Muraro asienta la verdadera liberación femenina y que Gemma del Olmo reitera cuando dice que la libertad no es un derecho, es un deseo y digo que es un deseo infuso –porque el deseo no es ideado, planeado o prefabricado, el deseo es inherente al alma-, una *llama de amor viva*¹² que abre sus pétalos de fuego vibrante para regalar su aroma, su claridad, su calidez, sus cuidados... su servicio. Un servicio que parte de sí, del ser, no *del hacer para ser* como ha creado la fórmula del mundo del poder cifrado en morseos masculinos.

Esa columna de humo sahumada de mirra y de incienso, es cada mujer que emerge de sí, desde su propio desierto, del desierto que es campo y que es vida, desde la entraña del hálito que a todo abraza y a todo anima con el sentido que aroma y llena de su fragancia atrayendo desde sí, hacia esa autoridad que no se usurpa sino que se regala, a quienes desean crecer a su vera y libar de sus delicias.

¹² Título de uno de los poemas de San Juan de la Cruz. *Lira Mística* (Poesías completas Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz). Editorial de Espiritualidad. Madrid, 2006, p. 165.

IV. Liberación femenina y feminismo ancestral

Negra soy, pero graciosa, hijas de Jerusalén,

como las tiendas de Quedar,

como los pabellones de Salmá.

No os fijéis en que soy morena:

es que el sol me ha quemado.

Los hijos de mi madre se airaron contra mí;

me pusieron a guardar las viñas,

¡mi propia viña no había guardado! Ct.1:5-6

Las rosas de Sarón, dice Fray Luis de León¹³, son de tan encarnadas, de color muy oscuro y crecen singularmente, en lugares campestres, rústicos, alejados de la urbanidad o civilización. Y estos versos del *Cantar de los Cantares* remiten a lo mismo que dirá más tarde, la misma Sulamita, desde otro lugar. Estos versos son justificación y denuncia compartida de una mujer desde sí misma a otras mujeres y con otras mujeres, son la expresión de los usos y de las costumbres que a la fecha continúan, en este y en aquel país, en la superficie terrestre, de las que dice la Sulamita:

Negra soy, dice, pero graciosa, hijas de Jerusalén. En la palabra “pero” está su justificación a ser morena a estar quemada por las tareas al sol, por las fatigas de los trabajos al cuidado de la casa y en el campo. No obstante ese señalamiento a la negritud o a una tez fosca, que es la voz de la civilización que habla, también habla de las tiendas de

¹³ Fray Luis de León. 1. *Cantar de Cantares*, Hyspamérica Ediciones Argentina, S.A., Buenos Aires, 1985, p. 63.

Quedar o los pabellones de Salmá, porque si bien el trabajo de mendicantes, de evangelizadoras, de portadoras de la Palabra Viva, de fundadoras, de autoridades femeninas en su ejercicio –activo y pasivo– que las ennegrece o lastima por el viento y el sol, también hablan de la enorme riqueza que alberga su interior, como esas tiendas y pabellones que si bien están maltratadas por fuera, dadas las inclemencias del tiempo, las adversidades, los tormentos, lo negativo, dentro de sí, con su instrucción, con su pensamiento, con su voluntad, con su amorosidad de amantes, las sulamitas poseen la extraordinaria belleza que prodigan a su paso en el Bien que hacen en sus comunidades y su entorno, desde el principio del cristianismo, antes de que se pensara en un orden jerárquico o en tratados o reformas eclesíásticas que fueron ciñendo y marginando y enclaustrando y reglando aquello que en un principio partía de sí, del ser de mujeres que en acto deseante de rosas abiertas a la armonía que es congruencia, surgía como un viento ábrego obedeciendo a Suprema autoridad que las guiaba, por eso vuelven a mí las palabras de Muraro que parafraseo para decir que la liberación femenina, es de índole divina e intocable¹⁴.

Cuando la Sulamita del *Cantar de los Cantares* continúa diciendo *Los hijos de mi madre se airaron contra mí; me pusieron a guardar las viñas, ¡mi propia viña no había guardado!*, denuncia la proveniencia de sus propios cuidados: una civilización que delegó con ira (airaron) las tareas sólo domésticas a las mujeres que guardaron los cuerpos (viñas) de sus hermanos, quedando ellas mismas en el descuido del propio y a esto se refiere no sólo al aspecto corporal, sino a la instrucción, el solaz, la reflexión, a la inteligencia misma y su ejercicio.

¹⁴ Luisa Muraro, *El dios de las mujeres*. Trad. María-Milagros Rivera Garretas, Horas y horas, 2006.

V. *¿Quién eres tú?*

-La Sulamita...

-*¿Qué quiere decir tu nombre?*

-Sabiduría; es el femenino de Salomón. Soy compañera y amiga de la Sabiduría que es pastora y reina, a la vez.

-*¿En dónde vives?*

- En Jerusalén. Por eso también me dicen *hierosolimitana*: ciudadana de la Paz.

-*¿En el continente asiático?*

- No; es decir, no sólo, es una ciudad amurallada que se extiende a todo el orbe en el ser de las mujeres (y los hombres) que libres, llevan íntima relación con Dios, con la Persona que encarna el Amor y saben escucharlo y obedecerlo y que actúan en consecuencia, al caminar en esa liga tensa que une a su propia persona con el otro, la otra, la alteridad.

-*¿Cuántas como tú se llaman, quiénes son las hijas tuyas, tu descendencia, tu linaje?*

- Somos muchedumbre... en el espacio y en el tiempo, entre ellas y una muy principal, María de Magdala, pero también Egeria, Clara de Asís, Agnés de Peranda, Catalina de Siena, Hildegarda de Bingen, Herralda de Hogenbourg, Margarita de Porete, Cristina de Pizan, Teresa de Jesús, por mencionar sólo algunas... "ya que el amor y la relación con lo divino

son los ejes centrales del pensamiento de estas mujeres que muestran la existencia de comportamientos, ideas, sentimientos... que no se dejan reducir a la lógica del dominio"¹⁵.

La mística es un llamado, una evocación, un toque de campana que hace vibrar el alma y el cuerpo, materializando una voluntad suprema. Es atender y obedecer a ese llamado que nos lleva más allá de sí, a mirar desde otro lugar. Es un ser y hacer de dentro hacia afuera en apertura y receptividad al Absoluto, es vaciarse de sí, (del "yo" que es todo lo aprendido culturalmente como acto o como reflejo del orden simbólico patriarcal que coloca en la cúspide de sus jerarquías al poder y su consecuencia que es el dominio y la esclavitud), para ir al encuentro de la Vida y su ocurrir, en acción y en pasividad contemplativa, es la dulce voz *Alma, buscarte has en mí , y a mí buscarte has en ti*¹⁶ de una Teresa de Jesús, que busca y encuentra el Sentido y lo dice, se dice parafraseando el lenguaje en lengua materna recreando el *Cantar de los Cantares*, en incesante como vivificante *ritornello*¹⁷ amoroso, en esa liga espiral que todo lo contiene en la unión, la separación, la angustia de la separación, la búsqueda y el encuentro, con el Entendimiento como una luminaria en cada tramo de ese trayecto que el alma que busca, encuentra en esa naturaleza sagrada a través de lo divino, que es, siguiendo las palabras de Gemma del Olmo en su *Filosofía en lengua materna*, la forma que tenemos de apreciar lo que de espiritual y trascendente tiene el ser humano.

¹⁵Gemma del Olmo Campillo, *Lo divino en el lenguaje*. Horas y horas, Madrid, 2006.

¹⁶Santa Teresa de Jesús. Primeros versos del poema *Búscate en mí*. *Lira Mística* (Poesías completas Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz). Editorial de Espiritualidad. Madrid, 2006, p. 34.

¹⁷El ritornello significa pequeño retomo y suele responder al esquema: A B A' C A" D A''' . En una pieza con esta estructura, la música comienza con el ritornello, que es el tema principal que retoma o vuelve a escucharse varias veces a lo largo de la misma. euterpemusa.blogspot.com/2011/03/el-ritornello.html

VI. **Reposo del Silencio, la experiencia del vórtice**

Dice María Zambrano en su libro *El hombre y lo divino* que la realidad “es algo anterior a las cosas, es una irradiación de la vida que emana de un fondo de misterio; es la realidad oculta, escondida; corresponde, en suma, a lo que hoy llamamos ‘sagrado’¹⁸.”

Y ocurre conmigo y sin mí...el *Cantar de los Cantares*, una y otra vez, abrevadero y fuente esta vez hecho mi canto encarnado entre el silencio y la voz, entre la oscuridad y la luz, entre el sueño y la vigilia, entre la razón y la poesía...en ese punto que es vórtice de contrarios, siempre flexible y móvil en su infinitud.

Fueron años de entrega al placer de leer todo lo relacionado con ella, relacionándome con ella de modo instintivo, de modo imperativo, incluso de modo casual dando línea a mi deseo que en apariencia no llevaba objetivo determinado, simplemente el gusto de conocerla... Casi un delirio¹⁹, María Magdalena, primero en los Evangelios, una y otra vez; más tarde, en algunos libros del jesuita José Luis Martín Descalzo, después en una biografía de otro cura italiano, Dino Fienga, después en más de cien pinturas en un libro de arte, en donde el cuadro que más me atrajo, fue, sin saberlo, el único en el libro realizado por una mujer - Artemisa Gentileschi-, luego vino algo de Daniel Rops... nada escrito por alguna pluma femenina... El tiempo seguía su curso, entregándome también a otras tareas investigatorias y de escritura, hasta que una noche, mejor dicho, una madrugada, comencé a sentir ese flujo de pequeñas burbujas de agua por mi espalda, específicamente por mi columna vertebral, aunque era gozosa la sensación me asombró

¹⁸ María Zambrano, *El hombre y lo divino*. Fondo de Cultura Económica, México, 2005, p. 33.

¹⁹ *Ibíd.* p. 28 “Y es que la relación inicial, primaria, del hombre con lo divino no se da en la razón, sino en el delirio. La razón encausará el delirio en amor”.

sobremanera, de tal forma que busqué otro acomodo en el lecho hasta quedar dormida otra vez, ¡eran las tres de la mañana! según vi en el reloj digital de mi mesilla. De nueva cuenta las burbujas que iban en ese flujo reventado con suavidad debajo y sobre mi piel y esta vez, acompañada de una voz pausada, suave, armoniosa una especie de dictado que esperaba a mis oídos. Fue imposible conciliar el sueño, pues las burbujas y la voz eran pertinaces e importaba poco o nada que yo tuviera que estar en pie a las seis de la mañana para preparar los desayunos de mis hijos y ayudarlos al aliño para luego llevarlos a la escuela.

Anduve a tientas por el pasillo a oscuras, entré en mi pequeño estudio por un cuaderno y un ¡lápiz! Y era lápiz lo que llevaba en la mano derecha cuando acostumbraba escribir con pluma, hasta llegar a la mesa redonda del comedor, luna de la luna arrojaba una tenue luz violácea a través del ventanal. Encendí la lámpara y me senté a la mesa a obedecer ese dictado que parecía un tempestuoso mar que no cesaba en su movimiento. Nada. Mi mano permanecía inmóvil y no se trataba de escribir lo que pensara o creyera o sospechara que tuviera que escribir, pues en esa ocasión después de cinco libros publicados, sin duda pedía otra cosa. Escuché y actué en consecuencia. Apagué la lámpara. Sólo la luz de la luna se fue haciendo cómplice de una mano que atendía las palabras que iban abriéndose camino en los renglones del cuaderno. En momentos, cuando cuestionaba yo misma lo que no entendía de esa escritura, la voz ya narrativa o ya poética, cejaba. Cuando los ecos luminosos del albo satélite saludaban a los ambarinos del planeta ígneo, volví al lecho.

Desperté alarmada, una hora después, con el timbre del reloj. Hice lo que cada mañana solía atendiendo a mis hijos, para luego llevarlos a la escuela. Ojerosa y en perplejidad volví a casa, me duché, me vestí y

antes de volver a los quehaceres domésticos, miraba el cuaderno que dejé en el comedor esa madrugada, como si el cuaderno mismo llevara por título inscrito: *misterio*. Este suceso ocurrió casi a diario, a la misma hora, durante tres meses, hasta que un día llegó el silencio, la paz y el mar entró en calma.

Varios días después tomé el cuaderno y lo llevé hacia mi ordenador, en el que escribí, sin cuestionármelo siquiera, el título: *Reposo del silencio*. Y, antes de comenzar la transcripción, apunté: *Canto I*. ¿De dónde había sacado yo eso, en qué plan de vuelo lo cifré? Continué. La perplejidad, el asombro y un temor irreconocible me acompañaban, mientras mis dedos tecleaban con un ritmo constante y agradable. Veía y no veía lo que iba apareciendo en la pantalla, hasta que lo vi y leí y solté la transcripción como si el teclado se hubiera vuelto un ascua y lo que leía un reptil. ¿Quién en el mundo iba a publicar tal dislate? ¿De dónde saqué todo eso? ¿Prosa y verso concomitantes, además? Me recogí en el silencio de mis letras, de esas letras, de todas las letras. Me cancelé al proyecto.

Días de penar, deambulando como una sulamita por las calles de la ciudad...hacía lo que hacía en "automático" y fue imposible adentrarme a escribir algún poema, o cuento, o el arranque de una novela... nada. "Yo dormía, pero mi corazón velaba²⁰". Mi ausencia en la transcripción inconclusa, se tradujo en el silencio total de mis letras, incluso de mi habla que resultaba algo torpe y confusa, como si estuviera aprendiendo el lenguaje.

Una tarde, después de la comida, como es mi costumbre, me recosté, después de cerciorarme de haber afianzado la ventana. Cerré los ojos y después de un rato, Su presencia. Una dulzura infinita sobre mi mejilla izquierda, en la sensación de una mano extendida sobre ella. No

²⁰*Biblia de Jerusalén*, Ed. Porrúa. México, 1967, p. 919. *Cantar de los Cantares* 5: 2.

abrí los ojos. Era tal la gracia y el placer de ese momento que resultaba en sacrilegio hacer cualquier movimiento. Y debo decir que esa indescriptible ternura hecha mano, no llegó a aposentarse a mi mejilla, era más bien de menos a más ir sintiendo su textura y forma hasta su total definición en la calidez de su palma y de sus dedos sobre mi piel... Era de tal magnitud la dicha que me arrebató que fue imposible sofocar mis palabras y musité: “¿Eres Tú, Señor?” En ese momento y sin brusquedad, la dicha fue apagándose mientras fui dejando de sentir y luego de percibir esa Mano, que nunca llegó pero que tampoco se fue, que simplemente al contacto con mis palabras se evanesció.

Dos o tres días después, también en la duermevela y después de cerrar bien los postigos de la ventana, me recosté. La luz del sol sobre mis párpados me otorgaba un afelpado cobijo. Comencé a sentir ese viento. Era un viento más bien cálido que sacudía por ráfagas los tirabuzones de mi cabello que golpeteaban mi cuello, con exquisita suavidad. La calidez de ese aire, era una caricia plena en mi rostro. Tal era el viento que en medio de ese trance me pregunté dos o tres veces si en verdad había cerrado la ventana asegurándome a mí misma que sí. Y fue cuando noté que yo estaba en pié, que mi mano estaba sujeta no a un barrote como aquel del corral del que me sostenía siendo una criatura de nueve meses, pero sí a un palo ligeramente nudoso de madera oscura y tersa. Por alguna razón que desconozco, sabía que estaba en los lindes del desierto, esperando a los camelleros que, de un momento a otro, pasarían por ahí. El ventalle arreciaba eventualmente y en una de esas ventiscas, fue que opté por abrir los ojos. Al abrir los párpados, el viento se esfumó. Todo era calma chicha en la acrisolada luz de la tarde.

Después de esas experiencias y si acaso una más, fue que volví a la tarea de la transcripción. Terminé y leí. El temor en mí había

desaparecido totalmente, pero con el antecedente cultural del mundo que habito, supuse que no habría editorial que siquiera quisiera echarle un vistazo. Debo decir que esos espejismos de mi pensamiento se vinieron abajo cuando encontré que ha sido el libro que más pronto se ha editado y en una de las mejores editoriales de México.

VII. *El otro, la otra, los otros, las otras...*

Después de varios meses de haberlo encargado a la librería, llegó *El Evangelio de María* (Myriam de Magdala) de Jean Ives Leloup, teniendo entonces entre mis manos *Reposo del Silencio*, ya editado y publicado; la experiencia sobrecogedora parecía continuar agudizándose en el estremecimiento de mi cuerpo ante la revelación de ese instante, cuando mis ojos leyeron: *en el Evangelio de María: el Reino se llama también "Reposo" y "Silencio"*²¹

Creo que fue a partir de este libro *Reposo del silencio*²², desde el vórtice de mi experiencia con él, que mis letras salieron totalmente del orden simbólico patriarcal, para entrar en el orden simbólico de la madre, como aquella primera experiencia, de mi primera infancia, de dentro hacia fuera, de lo inefable a las palabras, de lo sagrado a lo divino.

Y ha sido desde aquel momento, peregrinar con mis letras entre las manos y el corazón, entre la poesía y la razón, para encontrarles interlocución, aceptación y género, incluso alguna analogía que las cobije en medio de una literatura o de una poética que lleva los artilugios y normas y reglas que ha dado y ha dictado la escritura masculina para entonces ser aprobadas. Escribo como escribo porque así me ha sido dado, porque así lo dicta mandato mayor y yo obedezco, como una hija de la Sulamita que sabe que no hay poder Real más fuerte que el Amor, que es como fuego que nada ni nadie puede apagar y que llevo como un sello en el corazón.

²¹ Jean- Yves Leloup. *El Evangelio de María* (Myriam de Magdala) Ed. Herder, S.A. Barcelona, 1999, p.150.

²² Alejandra Atala. *Reposo del silencio*. Ed. Porrúa. México, 2008.

Bibliografía

Biblia de Jerusalén. Ed. Porrúa. México, 1967.

De León, Fray Luis. *Cantar de Cantares*, Hyspamérica Ediciones Argentina, S.A., Buenos Aires, 1985.

Del Olmo Campillo, Gemma. *Lo divino en el lenguaje*. Horas y horas, Madrid, 2006.

Leloup, Jean- Yves. *El Evangelio de María (Myriam de Magdala)* Ed. Herder, S.A. Barcelona, 1999.

Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, *Lira Mística*. Editorial de Espiritualidad. Madrid, 2006.

Muraro, Luisa, *Le amiche di Dio. Margherita e le altre*. Orthotes, 2014.

Muraro, Luisa, *El Dios de las mujeres*. Trad. María-Milagros Rivera Garretas, Horas y horas, 2006.

Zambrano, María, *Hacia un saber del alma*, Alianza Editorial, S.A., Madrid 1989.

Zambrano, María, *El hombre y lo divino*, Fondo de Cultura Económica. Breviarios. México, 2005.